

“El vendedor de Sueños”, Lucía del Rey.

¿Y si fuera real? ¿Y si todo aquello que imaginamos está solo a la vuelta de la esquina o simplemente existiera a nuestro alrededor? Seguramente muchos estaréis pensando en que es un sueño inalcanzable e imposible de realizar. Pero ¿y si fuera real?. Dejad vuestra imaginación volar como Peter Pan y soñad.

Una vez me contaron que había un chico que consiguió hacerse invisible. También, un niño se convirtió en rey de Inglaterra sacando una espada de una piedra, al igual que unos niños llegaron a Nunca Jamás volando con polvo de hada... Y ¿pensaban ellos que fuera posible?.

Hoy os voy a contar la historia de un hombre que tampoco creía que fuera posible volar como Peter Pan o encantar a alguien con una varita mágica.

Nuestro querido protagonista es un vendedor ambulante de sueños. En un lado de su caravana se podían ver colgados carteles que decían: “ Sueños pequeños a 2 centavos, Sueños medianos a 5 centavos y sueños Grandes a 10 centavos” o “ Llévate nuestro pack ahorro de 3 sueños pequeños por 4 centavos”. En este mismo instante, nuestro protagonista descansa en una cama mugrienta y deshecha dentro de la caravana. La baba le cae por la comisura de la boca y su pelo blanco y liso reposa desordenado sobre su frente arrugada. Sueña con... espera, no. Nuestro vendedor ambulante no sueña. Solía soñar, y con mucha frecuencia, creedme. Pero ya no lo hace, y seguramente no lo vuelva a hacer jamás.

Cada día muchas personas se agolpan en su puerta para que les ayude a cumplir sus sueños. Y cada día, él, les pide dinero a cambio de hacer su sueño realidad, aunque lo cierto es que su sueño, nunca se cumplirá. Después de haber dormido su siesta, nuestro querido protagonista se levanta de la cama pesadoso y se dirige tambaleándose hacia la puerta, la abre y a trompicones, baja las escalerillas hasta aterrizar en el suelo. De camino al bar que hay en el pueblo, se tropieza con varias personas, pero no le importa. Para él, ellos no significan nada. Tampoco sus sueños. Tras unos minutos caminando llega al bar, entra, y le pide al camarero que le sirva. Cuando entra, varias personas giran la cabeza y lo miran con los ojos muy abiertos. Pero él los ignora y sigue su camino hasta la mesa más cercana. Le traen su bebida y nuestro protagonista se limita a observar cómo la gente entra y sale del bar. Mientras lo hace, piensa en lo ignorante que son aquellos que creen que sus sueños alguna vez se harán realidad. ¡Cómico! ¿Verdad? Lo que él no sabe es que muchas personas de aquel lugar recobran su esperanza al verlo.

Cuando ya anochecía, nuestro vendedor de sueños se levantó cansado de su silla y enfiló hacia la salida. La puerta chirrió y nuestro protagonista se vió sumergido en una apacible

oscuridad moteada de luces brillantes, que provenían de un cielo estrellado y callado. En las calles no se escuchaban ni los maullidos de los gatos que solían vagar por las agitadas calles durante el día, pero de repente, una sombra se perfiló en la oscuridad y nuestro vendedor de sueños paró en seco, con los músculos agarrotados y los ojos bien abiertos por el miedo.

La pequeña sombra se acercó titubeante a él y poco a poco se fueron divisando unos grandes ojos azules, unos cortos brazos temblorosos y unas pequeñas piernas. Nuestro protagonista se irguió de repente y se maldijo por haberse asustado de un niño pequeño. El niño, no tenía más de 7 años y parecía asustado y delgado. Ante una visión así, cualquier persona con un poco de corazón hubiera reaccionado de otra manera, pero nuestro vendedor de sueños frunció el ceño con desdén y continuó su camino como si tal cosa. El chico se quedó paralizado en su sitio y miró con ojos tristes hacia donde estaba el vendedor. Cruzó por su mente la idea de abandonar e irse a casa, pero recordó, que si se iba, no habría posibilidad de que su madre se curara. La determinación brilló en sus ojos y a toda prisa siguió los pasos del vendedor de sueños hasta darle alcance. Nuestro protagonista se giró de golpe y miró ceñudo al niño que permanecía callado frente a él.

- ¿Qué quieres niño?- espetó-.
- N... Necesito que me ayude- contestó el niño titubeante.
- No trabajo a estas horas-.
- Pero... es... es algo muy importante-.
- ¡Ja! Chaval, a todos les parecen importantes sus sueños. A mí no me engañas con esos ojos grandes que tienes. Anda, vete a tu casa y no me molestes más- y diciendo esto, se encaminó hacia su caravana. ¡Lo bien que dormiría esa noche!, pensó.

El pequeño volvió a quedarse rezagado pensando en qué hacer, pero sabía que no tenía demasiado tiempo hasta que su tía notara que no estaba en casa y saliera a buscarlo a la calle.

- ¡Es mi madre!- gritó. El vendedor de sueños se quedó paralizado y volteó despacio.
- Mi mamá está enferma- miró al vendedor con los ojos llenos de lágrimas y esperanza y dijo : - Mi mamá está enferma... y necesito que me ayude a curarla-.

Nuestro vendedor de sueños, como si hubiera viajado al pasado con una máquina del tiempo, se vió a sí mismo con no mucha más edad que el chico, en la habitación de su propia madre. Él estaba sentado a los pies de su cama, con la esperanza e ilusión de poder salvar a su querida madre de las desgarradoras manos de la muerte. Ella, después de ese día no volvió a ver la luz del sol. Esa misma oscuridad que desde entonces también acompañaba a nuestro querido protagonista.

Tras ese triste recuerdo, volvió otra vez al presente. Ese presente en el que reinaba el silencio de un niño que espera expectante aquello que le dirá el hombre que puede salvar

a su madre, el silencio de un hombre que no sabe cómo explicarle a un niño lleno de esperanza que él no puede curarla. Que en realidad es un farsante. Que en realidad, es un dementor de sueños.

- Mira... Yo... Yo en realidad no puedo salvar a tu madre. Es imposible-.
- Pero... Pero ¡haré todo lo que quieras! Puedo trabajar para ti y... ayudarte y ... - miró apesadumbrado a nuestro protagonista sin saber qué más podía ofrecerle a cambio.
- Pequeño... escucha. No puedo ayudarte. Busca un buen médico, pero yo no puedo hacer nada por ella-.
- ¡Por lo menos inténtelo! Por favor... No... No tenemos dinero para pagar un médico... Usted es nuestra última esperanza-.
- Lo siento, no puedo hacer nada- y diciendo esto último se fue con paso lento a su caravana.

Otra vez en la noche, un pequeño niño se encuentra solo en medio de la calle oscura y silenciosa. Aunque en realidad, alguien ha estado observando toda la escena desde que descubrió que su sobrino no estaba en la cama. Salió por la puerta principal despacio y se acercó al pequeño. Cuando llegó a su lado, lo abrazó y le susurró al oído : - Anda, vamos a la cama-. El pequeño de ojos grandes asintió despacio y cogiendo la mano de su tía, se dirigió a una casa oscura, su casa, en la que su madre poco a poco se consumía. Cuando llegó a su habitación, se arrojó encima de su cama y tapándose completamente con las mantas, lloró desconsoladamente hasta bien entrada la noche.

Al otro lado del pueblo, en una caravana sucia y pequeña, nuestro querido dementor de sueños tampoco puede pegar ojo. Le atormentan imágenes de su pasado y una y otra vez le vuelven a vigilar en la oscuridad esos ojos grandes y tristes para recordarle que, realmente, no puede cumplir sueños, ni los suyos, ni los de nadie. En un ataque de pánico se levanta rápido y desesperado y cae al suelo. Decide que debe hacer algo. Se dirige hacia su mesa de trabajo para poner en marcha su gran plan. De su frente arrugada caen gotas de sudor, pero por primera vez en mucho tiempo, sus ojos no están invadidos por la amargura, sino por la determinación. Porque ¿y si...? No, era mejor no planteárselo. Pero merecía la pena intentarlo. Pasó toda la noche trabajando, y por fin terminó con las primeras luces de la madrugada. A toda prisa, salió de su caravana con su proyecto en mano y se dirigió a la que suponía que sería la casa del chico. Cuando llegó, llamó suave pero firmemente a la puerta. Mientras esperaba, impaciente, a que le abrieran, sus pies tamborileaban el suelo y parecía que quisieran ponerse a bailar. Y nuestro protagonista sonrió. Sonrió como no había sonreído en muchos años. Tras un rato largo, la tía del chiquillo abrió la puerta. Traía los ojos cansados, como si no hubiera dormido nada. Detrás de sus piernas se asomaba la cabecita morena del pequeño. El vendedor de sueños se fijó en que en sus ojos volvía a relucir la esperanza perdida la noche anterior. Le hicieron pasar a una cocina pequeña y sucia en la que se sentó en una silla. El pequeño miraba con ojos

brillantes el artefacto que tenía entre manos. El vendedor le explicó detalladamente cómo funcionaba mientras que la tía les preparaba una taza de chocolate.

- ¿Quieres probar?- dijo finalmente mientras colocaba una especie de casco en su cabeza - No se si funcionará... Pero creo que merece la pena intentarlo. ¿Qué me dices?- el niño asintió enérgicamente y el vendedor se puso manos a la obra.

- Recuerda - le dijo - Piensa con todas tus fuerzas en aquello que quieres. Pero no olvides que sólo se hará realidad si lo quieres y deseas de verdad-.

El día siguiente amaneció como cualquier otro. Y el siguiente. Pero algo cambió. No sabemos si fue la ilusión, la alegría o la fe que desde ese día tuvo su hijo, pero un día el niño de ojos grandes se levantó por la mañana y encontró a su madre sentada al borde de su cama.

Y ¿qué fue de nuestro querido protagonista, el vendedor ambulante de sueños? Pues que, a partir de ese día se dedicó a cumplir sueños, más bien a repartir la ilusión por cumplirlos. Algunos días ayudaba a coches que querían ganar carreras, a niños que no querían crecer nunca, a abuelos que querían hacer volar su casa con globos... y mucho más. ¿O esa es otra historia? Así que ¿quién diría, verdad? ¿Estás dispuesto a hacer tus sueños realidad? Ya sabes, lo único que hace falta es que cierres los ojos muy fuerte y pienses en aquello que deseas. Porque ¿sabes? En realidad, el único que puede cumplir tus sueños eres tú.